

mente; pero esta angustiosa situación tuvo un término: el capitán hizo una señal al armador, que separó á su hija, mientras aquel hacía retroceder un poco á Carlos, que se dejó caer en una otomana.

Padre é hija saltaron de nuevo á la lancha que debía conducirlos á la orilla.

Un segundo cañonazo dió la señal de la partida, y la *Nuestra Señora del Cármen* salió á toda vela del puerto, entre los gritos de ¡Adiós! los vivas y sollozos de la multitud.

VIII

Ocho días después de la partida del joven Andrade se esperaban en la casa de su padre con un ansia indecible, la llegada del buque de su propiedad, *Hernán Cortés*, que venía desde la Habana con cargamento.

El tío Benito, gracias á las eficaces recomendaciones de la sirvienta que le prometió su protección y gracias también á las labores delicadas que ocupaban sin cesar á su hija y á su

nieta, había mejorado notablemente de posición.

Porque cada mañana iban ocho ó diez y hasta catorce personas á valerse de su habilidad epistolar, y contando las cartas, unas con otras, á dos reales, sacaba un diario muy regular.

La persona que había procurado los medios de trabajar á Ursula y á su hija era la gruesa especiera doña Ramona, mujer muy rica, muy influyente en el barrio y muy entrometida.

Había ido á casa de una modista y le había instado tanto con el objeto de que la confiaran labor para sus protegidas, que aquella había accedido al fin, salvo la palabra formal de doña Ramona de pagarle todo cuanto valían los utensilios, caso de que se echasen á perder.

¡Pero cuál fue su orgullo y cuál su alegría cuando fue á llevarla una caja de flores frescas y primorosas como si fueran naturales!

La modista, atónita, las contempló en silencio durante algunos instantes, y luego entregó á doña Ramona media onza, que era sin duda la mitad del valor de la obra, pero que no obstante, pareció á la pobre y buena Ursula una cantidad fabulosa; además, recibió de la modista otro paquete de tela para flores y encargo de hacerlas en tanto antes le fuera posible.

No se contentó sólo con esto la buena y caritativa doña Ramona; ¡había visto padecer tanto al pobre tío Benito, que todo cuanto ha-

cía para su bienestar futuro le parecía poco.

Sin recomendación ninguna se dirigió al más acreditado almacén de bordados de Barcelona, y pidió labor para Lidia, saliendo por fiadora con su rico y acreditado almacén de especias; por esta razón no titubearon en darle obra, que la hermosa niña desempeñaba á la perfección.

La vida del trabajo, cuando este no agobia demasiado, no es difícil de llevar.

Ursula y su hija ganaban ya mucho más de lo que podían gastar; sólo una cosa les apuraba, y era la estrechez de la habitación de su padre. Pero doña Ramona, que parece había propuesto allanar todas las dificultades desde que se había declarado protectora de aquella familia, les dijo:

—Yo tengo un cuartito desocupado detrás de mi tienda, y en él podrá dormir el tío Benito si quiere, quedándose de este modo libre el que tiene para sus hijas; por la mañana viene muy temprano y todo está así remediado.

La proposición fue admitida con gratitud y la paz y la alegría reinaron desde entonces en la pobre mansión del zapatero memorialista.

Más de una vez, paseándose el armador por su cuarto, presa de una angustia mortal, había fijado sus ojos en aquel agujero, envidiando la tranquilidad escrita en el rostro de aquel pobre anciano, que era, sin embargo, amigo íntimo del gobernador de la Jamáica.

Aquel limpio cuartito, aquel crucifijo tan adornado, pues los primeros ahorros de la fa-

milia se habían invertido en galas para su Celestial protector; aquella mujer, joven y bella todavía, cuyo semblante noble y distinguido respiraba profunda paz, y bajo cuyos dedos brotaban flores; aquella niña, hermosa como un ángel, que bordaba sin cesar, hablaban en su corazón con yo no sé qué lenguaje armonioso y desconocido.

Estaba tan arraigado el egoísmo en el corazón de aquel hombre, que ni aun después de haber vislumbrado que aquel anciano no era lo que parecía, había pensado en sondear semejante misterio.

¿Qué le importaban á él las penas ni los goces de los demás?

Sólo por sí mismo, sólo por lo suyo se interesaba.

Todas las horas de su vida se pasaban en el afán devorador de esperar el buque, única esperanza de su decaída caja.

Y en medio de estas horas de agonía, sus pasos se encaminaban, quizás sin saberlo él mismo, al balcón de su gabinete para contemplar el risueño cuadro de la pobreza del zapatero.

Una mañana, que se hallaba allí pensando en su buque, le presentó un ayuda de cámara un pliego cerrado.

Era un despacho telegráfico que decía así:

Una tempestad ha destrozado el buque mercante Hernán Cortés á dos millas del puerto.

Don Agustín dió un grito horrible, angustioso, y cayó con la cara contra el suelo.

El tío Benito le vió caer, subió la escalera, y penetrando por las habitaciones abiertas, llegó en su auxilio antes que los criados.

Don Agustín se acostó y seis días después se levantó, envejecido diez años.

Así pasó algun tiempo; el crédito de la casa tenía poco de efectivo, y sólo su antigua nombradía contribuía á sostenerla, aunque á duras penas.

Sin embargo todo el comercio de Barcelona adivinaba que la tormenta rugía sobre la casa de Andrade y que el más leve golpe bastaría para desplomarla.

Una noche se recibió por el correo de Inglaterra una carta que hizo estremecer al armador; traía el sello del Río Colorado, modesto pueblo de San Pedro de la Martinica, y la letra de Carlos.

El armador abrió la carta en medio de un silencio sepulcral; pero la emoción no le permitía leerla y tuvo que tomarla Sofía; el contenido de la carta era el siguiente:

Queridos padres míos: Héme cautivo del pirata de quien nos habló el capitán inglés, y no sólo yo estoy cautivo, si no que lo está toda la tripulación, incluso el capitán.

A pesar de todas las precauciones, ha logrado el pirata darnos casa; y nuestra hermosa fragata ha sido saqueada y luego conducida á remolque.

Estamos encadenados, comemos un poco de galleta dura y apenas nos dan un poco de agua para apagar la sed; el comandante Feitchutz pide de rescate por cada uno de nosotros diez y seis mil duros.

Padre mio, si al recibo de esta carta no buscas esta cantidad, si no la envías al instante al comandante Feitchutz, á bordo del buque Corsario, tres días después de aquel en que él piense recibirla, me colgará de una entena del navio, saliendo al instante á toda vela, pues no hay justicia que pueda con estos ladrones de mar.

No es decirte por esto que yo te exija ningun sacrificio: mi deber es morir sin culpar al cielo que nos deja en la pobreza, pero déjame al menos esperar que mi familia hará un último esfuerzo para salvar á tu hijo, que os ama y os abraza á todos.

CARLOS ANDRADE

—¡Pronto! ¡una luz!—grito el armador al acabar Sofía de leer la carta con la impasibilidad que le era natural,—¡pronto! el ¡cajero aquí! ¡aún hay valores en mi poder! ¡se trata de mi hijo!

Y el anciano, con el cabello erizado y las mejillas encendidas por la fiebre, daba por el aposento pasos desiguales.

Un ayuda de cámara puso una luz en el despacho y otra en el aposento que servía de caja,

y en seguida salió para buscar al cajero, que era un joven de una familia conocida: pero bien pronto volvió, diciendo que no se hallaba en casa.

Entonces don Agustín sacó de su buró la llave que tenía y se acercó á una arca de hierro y bronce, que abrió con mano trémula de impaciencia.

¡Oh, colmo de la desgracia! ¡La caja, que dos horas antes encerraba un medio millón, estaba vacía!

¡El cajero, al ver la próxima ruina de aquel edificio gigantesco, había huído con la última riqueza que encerraba en su seno!

Don Agustín quiso gritar y la voz se le ahogó en la garganta, seca por el furor. Su rostro se tornó violado, y sin exhalar una queja ni un acento, salió al escritorio, abrió el cajon de su mesa, y tomó de ella una pistola, que amartilló con mano convulsiva; luego la acercó á la sien y disparó.

Pero una mano vigorosa apartó la suya, y el tiro salió á mucha distancia, pues el arma mortífera rodó por el suelo.

El armador se volvió furioso; á dos pasos de él, con los brazos cruzados sobre el pecho, con la cabeza descubierta y la fisonomía radiante é inspirada, se hallaba el anciano Benito.

—¡Hay un Dios!—dijo con acento grave y solemne, el misterioso personaje;—¡pecador, arrodíllate, y humilla la frente ante su santa voluntad!

El armador, mudo y confundido al oír aquella voz, que le parecía haber oído otras veces, se arrodilló, en efecto, é inclinó con abatimiento su dolorida cabeza.

Cuando después de un rato la levantó, se volvió á mirar á aquel hombre extraordinario, y una sorda exclamación se escapó de sus labios:

—¡Cielos! ¡Simón! David!—dijo,—¡perdido soy!

Y su cabeza volvió á doblarse sobre su pecho, y su llanto se abrió paso hasta regar con anchas gotas el pavimento sobre que se hallaba arrodillado.

¡Sí, soy Simón David.—respondió el zapatero;—soy el hombre á quien tanto mal hiciste! ¡soy el mismo hombre que por tu culpa se ha visto próximo á perecer de miseria y de hambre dentro de tu palacio! ¡Soy Simón David!

Aquel hombre, al hablar así, parecía en efecto un sér, muy distinto y muy superior al infeliz habitante del patio.

Su traje, que en nada se parecía al del señor Benito, se componía de un pantalón gris y de frac azul, en cuyos ojales lucían las sintas de tres ó cuatro condecoraciones diferentes; una camisa de azulada batista hacía mas noble su fisonomía, distinguida por sí misma, y sellada por la desgracia con huellas indelebles.

¡Soy Simón David, el hombre á quién la desgracia arruinó, robándole toda su fortuna, y que vino á pedirte un sitio en tu casa para ganar el pan, sitio que tú le negaste, porque viéndo-

le pobre, creiste que era peligroso entregarle tu caja. ¡Y ahora, Andrade tu cajero es quien te ha robado, no solo los fondos que te quedaban, sino también el honor y la esperanza de salvar tu hijo! ¿No vez en esta combinación la mano de Dios?

Reinó el silencio por algunos instantes, siendo David el primero en interrumpirlo.

—Levántate y escucha la historia de mi vida, para que aprendas á tener conformidad,—dijo conduciéndolo á un sillón cercano:—será muy breve, y creo que, después de oída, aún lo esperarás todo de la bondad de Dios.

Tú apenas me conoces: marino distinguido llegué á un grado superior, y estas sintas que adornan ahora mi pecho han sido ganadas con mi sangre, que ha teñido muchas veces las ondas del Océano.

Viejo ya, antes de tener tiempo para serlo, viudo y con una hija á quien adoraba, resolví retirarme y vivir al lado de ella con mis ceseos ahorros y la pensión que el gobierno me debía. Fuí, pues, á Marsella, donde se hallaba mi hija en un colegio, y me embarqué para España, donde quería fijarme á pesar de ser oriundo de Francia; pero la desgracia me perseguía, y un horrible naufragio se tragó todo cuanto tenía sobre la tierra.

Ursula y yo nos salvamos por milagro, y gracias á los socorros de la amistad, pudimos llegar hasta Madrid.

Allí empecé por tomar una casa modesta donde me instalé con Ursula, y que pagué con

el producto de mi pensión, harto corta para recompensar tantos años de afán, y los achaques y dolores que ellos habían producido.

Entonces estabas tú en Madrid. Uno de mis amigos me propuso hablarte con el fin de ver si querías tomarme por cajero, y con este objeto me presenté un día á tí, y tú me recibiste con mucha frialdad; en seguida mi amigo formuló su petición, y tú te informaste con bastante grocería de cual era mi posición en el mundo y de qué garantías podía ofrecerte; al saber que no tenía más bienes que una modesta pensión de retiro, te negaste diciendo que necesitabas para tu caja á una persona de opulenta familia; en efecto, la encargaste á un joven, hijo de padres ricos, que es el que acaba de robarte.

Sólo aquella vez nos vimos, y á pesar de la penuria de nuestra situación, mi hija se casó, con un honrado joven abogado que la amaba, y yo, cediendo á un sentimiento de humanidad, salí fiador, con mi sueldo, de un préstamo para un infeliz padre de familia.

Llegó el plazo en que este había de pagar, no pudo hacerlo, y mi sueldo quedó embargado por muchos años, porque era bastante la cantidad de que salí fiador.

Entonces, deseando por una parte no atormentar á mi hija con el aspecto de mi miseria, y por otra huir de la presencia de mis amigos, vine á esta ciudad como si Dios hubiera querido empujarme hacia tí, porque hay un Dios, Andrade, que rije los destinos del mundo, y aproxima para la venganza ó el perdón á los

que se ha ofendido.

¡Lo que yo he padecido en el largo espacio de quince años, no lo sepas jamás! Tiene la desgracia algo de sombría y repelente que separa de sí las simpatías de las almas pequeñas.

Estuve algún tiempo de tenedor de libros en una casa de comercio, y allí conocí á Ventura, tu ayuda de cámara; ambos servíamos al mismo amo, y el pobre muchacho tenía hacia mí toda la adhesión que es posible en una persona á quien ya ha degradado el hábito de la servidumbre, ejercida con el fin de especular.

Cuando convalecí de mi enfermedad me vi tan pobre, tan exhausto de todo recurso, que me propuso pedir para mí al señor á quien servía entonces, un asilo en su casa, aunque fuese en extremo humilde.

Yo acepté con la gratitud del mendigo á quien ofrecen un techado, y hace más de un año que vivo á tu lado, aunque cuando entré en esta casa ignoraba que tú fueras el dueño, pues entonces, quizás no hubiera venido á ella.

Mi pobre hija y mi nieta han sido también agobiadas por la desgracia, de la que tú tanto te quejas haviéndala merecido, cuando castiga á tantos seres generosos y tiernos; el esposo de Ursula, víctima tres años de una enfermedad cruel, ha bajado al fin al sepulcro, dejando á su esposa y su hija en la orfandad y las desdichadas han venido á refugiarse á mi lado.

¡A mi lado, desgraciado de mí, cuando el día que llegaron me moría de hambre y de

cansancio, agobiado por las exigencias despóticas de tus criados!

Sin embargo, bien pronto el resentimiento que abrigaba hacia tí se cambió en una conmiseración profunda; veía de lejos la ruína de tu casa por una intuición maravillosa que á veces nos concede Dios, y la adivinaba además en tu frente contraída y en tu abatidosemblante: aún había otra cosa más poderosa, más santa, que me obligaba á perdonarte; tu hija menor fue la que me dió pan el día que llegaron mis hijas, y la que después ha socorrido mi indigencia muchas veces con diferentes y delicados pretextos: *Sea esa niña me dije yo, la que satisfaga las culpas de su padre, y redima yo de las prisiones de la culpa, y quizás del crimen, á esa pobre alma cubierta de sombras.* Por eso vengo, pues, á decirte: *¡Agustín Andrade, tu vida no te pertenece! ¡Dios te la ha dado, y El debe de disponer de ella! ¡Humíllate ante su bondad santa, mírame á mí y ten resignación y esperanza! ¡Cree y ama á ese Dios bueno que hasta hoy has desconocido! ¡Cree, cree y te salvarás!*

Un largo silencio siguió á las últimas palabras de Simón David; el armador, absorto, sorprendido, no acertaba á romperle.

—¡Mi hijo está perdido!—murmuró al fin con acento doloroso.

—¿Quién sabe?—respondió David.—¡Dios todo lo puede!

—¡Mi hijo está perdido!—repitió Andrade con voz cada vez más sombría.—¡Perdido y yo nada puedo hacer para salvarle! ¡Es preciso,

pues, que muera y moriré!

Y diciendo estas palabras, se precipitó sobre la otra pistola que había quedado en la caja.

Pero la mano fuerte y severa de David cayó sobre ella, y la separó con entereza.

—Andrade,—dijo después hablando lentamente, como si hubiera deseado que sus palabras penetrasen una por una en el corazón del armador;—si vieses que yo, pobre y desvalido anciano, hallaba poder en la religión para salvar á tu hijo, ¿creerías?

—¡Salvarle! ¡Imposible!—exclamó con angustia don Agustín.

¡No es imposible! La esperanza es una de las felicidades del buen cristiano y su ausencia uno de los mayores castigos de los que Dios impone á los que no creen en El: pero respóndeme, porque los instantes vuelan, si por un milagro de caridad yo te diese dentro de dos horas la suma necesaria para redimir á tu hijo, ¿abrirías tu corazón á la luz?

—¡Oh, Dios mío! Yo no sé lo que haría en ese caso,—respondió el armador, alzando, quizás sin saberlo, los ojos al cielo:—¡no sé lo que haría porque indudablemente la felicidad me volvería loco!

—¿Lo vez? Así que te he hablado de felicidad, has invocado al santo nombre de Dios, ese nombre, consuelo de todos los dolores, origen de todas las alegrías. ¡Pobre desgraciado que en medio de su vida estéril y solitaria, le falta hasta ese refugio para las tempestades del al-

ma! ¡Yo te devolveré el hijo que lloras perdido, y eso te lo ofrezco en nombre de ese Dios tan bueno y misericordioso!

—¿Será posible?—exclamó el armador con una explosión de júbilo difícil de pintar.

—¿Qué hay imposible para el que todo lo puede? Yo no cuento con medio alguno; pero sigue todos mis pasos hasta que consiga la crecida suma que necesitas, y te convencerás de su bondad y de su omnipotencia.

—¡Ah! ¡Sólo con haber abrigado ese deseo, eres ya mi hermano!—exclamó Andrade echando sus brazos al cuello del anciano David;—mi propia familia no hubiera sabido darme ni la esperanza de un consuelo lejano, porque mi mujer no tiene fortaleza ni aún inteligencia, y de mis pobres hijas, la mayor se parece á su madre y la otra es todavía una niña.

—No perdamos tiempo,—dijo David,—y pongamos los medios para redimir á los cautivos.

—¿A los cautivos?

—Sí, porque más cautivo estás tú, Andrade, que tu desgraciado hijo, más odiosas son las cadenas de tu duda, de tu ateísmo, que las del pirata. A él redimirá el dinero, á ti solo la piedad de Dios.

—Pero, ¿de donde vas á sacar la suma que reclaman?

—¡Aún no lo sé, pero mi ardiente fe me sostendrá y la caridad me dará su auxilio, no lo dudes; Dios no desampara á los que lo invocan como yo le invoco ahora.

Y el anciano elevó sus manos unidas con una

admirable y radiosa expresión de fe y sublime confianza; con los ojos clavados en el cielo, rezaba con fervor, según lo indicaba claramente el suave movimiento de sus finos labios.

—Vamos,—dijo al acabar su plegaria;—¡ya soy fuerte y poderoso!

IX

Los dos ancianos salieron de aquel aposento, que poco antes iba á ser teatro de un crimen, y bajaron al cuarto ocupado por David y su familia.

Ursula y Lidia trabajaban en sus flores desde muy temprano.

David se quitó las galas que se había puesto para darse á conocer al armador, y se puso su raído y ordinario traje.

¡Oh, amigo mío! ¿Qué vas á hacer?—exclamó Andrade que no podía adivinar su intento.

—Voy,—contestó el anciano con la más perfecta naturalidad,—á implorar la caridad pública para salvar á Carlos.

—¡Ah! ¡Dios mío! ¿Es ese el medio de que me hablabas?

—Sí.

—¡Pero yo no puedo admitirlo! ¡Eso es degradante para tí!

—Redimir al cautivo es una de las obras de misericordia, y, practicándolas, obedecemos uno de los más admirables preceptos de nuestra santa religión.

—¡Pues bien!—exclamó con resolución el armador;—ya que es preciso pedir limosna para salvar á mi hijo, seré yo quien la pida.

—No, por cierto, seré yo.

—¡Pero eso es imposible!

—No hay tal cosa; es más imposible que el jefe de la casa Andrade, que aún tiene un crédito inmenso, implore la caridad pública. Además, en tu boca el nombre de Dios no conmoverá á nadie.

—¡Ay de mí! ¿Conque no puedo ni aun salvar á mi hijo?

—Ese es el castigo que Dios impone á tu ingratitude para con El.

—¡Castigo bien duro!

—Resígnate á él, y su justicia reemplazará su bondad; ahora ponte detrás de los cristales y observa.

David buscó una bandejilla negra con florecitas de colores que poco antes había comprado Ursula con el producto de su trabajo, y se dispuso á salir, diciendo antes á sus hijas.

—Resad para que Dios me ayude.

Madre é hija dejaron su labor y se arrodia-